

Capítulo XIX

ENTRADA A LIMA

Cuando clareó el día siguiente nos dimos cuenta que habíamos pasado la noche en el vivac de un regimiento peruano y que en él se había organizado la defensa, pues estaba sembrado de cadáveres de hombres y caballos, y había desparramadas muchas armas y equipo y hasta unos fondos con restos de comida. Se conocía que los habían llevado para repartirla en los mismos atrincheramientos.

Se pasó lista y sin más desayuno que los pocos restos de provisiones que todavía algunos conservaban, el regimiento tomó la formación unida y desfiló a un sitio que se le había designado para vivaquear como a dos kilómetros de distancia.

Al llegar, se formaron pabellones y todos se entregaron a la tarea de procurarse algo que comer.

En pocos momentos el vivac tomó gran animación. Mientras unos salían en busca de leña, agua o comestibles, otros hacían fuego y calentaban agua en los jarros y platos de las caramañolas.

Un momento después llegaron los fondos del rancho y luego un hermoso buey, que inmediatamente fue sacrificado.

Los asistentes discutían con los rancheros para que se les diera pronto la ración en crudo de los oficiales a quienes servían, y solicitaban las malas, riñones u otras sabrosas partes, a fin de presentarles lo mejor.

Luego comenzó a sentirse el apetitoso olor a carne asada...

Con gran algaraza se celebró la llegada de galletas de las que se dan a los marineros a bordo, y acudieron presurosos los sargentos de semana a recibir la parte que correspondía a sus compañías, efectuando inmediatamente el reparto.

Toda la mañana fue libre para que cada cual hiciera lo que le pareciera, sin más limitación que no separarse mucho de la parte del vivac que correspondía al regimiento.

Si yo tuviera dotes de escritor realista, de cuya carencia ya antes me he lamentado, podría trazar el cuadro que presentaba mi regimiento ese día, sin omitir ningún detalle; pues no obstante el tiempo transcurrido, ¡más de cuarenta años!, los recuerdo perfectamente. Cerrando los ojos y haciendo un pequeño esfuerzo mental, me parece que veo como en un cuadro todo lo que entonces ví, percibiendo hasta los detalles más insignificantes.

Si me parece divisar los grupos de oficiales tendidos, recostándose unos en otros, y a los asistentes que llegan hasta ellos llevándoles trozos de asado, galletas, agua o café.

Y veo también grupos de soldados, alrededor del fuego, esperando la cocción de algo que tienen sobre él, otros limpian sus rifles, o se asean o lavan pañuelos, calcetines u otras prendas; o mientras componen y limpian el dormán procurando que los botones resplandezcan, o los afirman, y hasta veo a algunos en calzoncillos afanados componiendo sus pantalones... Y reconozco rostros, y veo la alegría reflejada en los semblantes y me parece oír los dicharachos de algunos y las bromas que otros se hacían que incitaban a los oyentes a prorrumpir en alegres risotadas.

Y diviso también a algunos oficiales, retirados y muy serios, que están escribiendo afirmando el papel en un tambor, o en el revés del plato de la caramañola...

Y a "Lautaro", corriendo de un grupo a otro, alegre y retozón, moviendo el rabo y restregándose con los que lo acarician...

¡Ah!... Si yo supiera describir el campamento del Lautaro el día siguiente de Miraflores, estoy seguro que deleitaría a los lectores. ¡Tan bello era su aspecto!...

¡Y si pudiera hacer que se compenetraran de los sentimientos de los oficiales y tropa, afirmo que no habría ningún lector chileno que no se enorgulleciera de serlo!...

Al día siguiente o subsiguiente, mi asistente me anunció que había encontrado un caballo, que puso a mi disposición. El que traía de Lurín se había perdido durante la batalla de Chorrillos.

Mi asistente tenía un tino admirable para procurarse todo lo que deseaba y en esa ocasión, con sonrisa socarrona, me anunció que estaba en tratos para adquirir una silla.

¿Que robaba? No.

En las inmediaciones había muchos caballos dispersos del ejército peruano, y en los primeros días después de las batallas los jefes toleraban que se apropiaran de ellos quienes los encontraban.

Ya sabíamos que una división había entrado a Lima y que el pabellón chileno flameaba en el palacio de los Virreyes; y esperábamos impacientes que nos correspondiera entrar a nosotros.

Por fin a los tres o cuatro días se leyó la orden anunciando que a la mañana siguiente la brigada a la que pertenecía mi regimiento efectuaría su entrada en la ciudad.

A partir de ese momento no hubo nadie que no se preocupara de limpiar y componer lo mejor posible su uniforme.

Me encontraba ocupado con mi asistente en tan delicada tarea cuando el coronel Barboza, que se

había acercado sin yo notarlo, me saludó diciendo: "¿Cómo está mi ayudante?". La sorpresa y alegría que me produjo la salutación casi me hicieron brincar, pero repuesto contesté el afectuoso saludo.

Con la seriedad que lo caracterizaba me dijo: "Como creo que le gustará entrar a Lima a caballo y he visto que tiene uno, lo he pedido al comandante Robles como ayudante".

Lo hubiera abrazado... y besado... y estrujado...

Cuando se retiró fui con mi asistente a ver el caballo y la montura... ¡Eran muy mediocres!...

Hubiera dado todos mis sueldos insolutos por un bonito caballo y una buena montura. Y le rogaba a mi asistente que limpiara y tusara bien el que tenía y que acomodara la fea silla de que me había provisto. Pero otro caballo y otra silla me obsesionaban.

Si pidiera prestado, me decía, uno que fuera bonito, mi entrada a Lima sería el mayor goce de mi vida. Y cavilaba discurriendo a quién dirigirme.

Si me atreviera, pensaba, a pedirle al mismo coronel uno de los suyos...

Al principio me pareció poco menos que desacato o insolencia intentarlo; pero revolví la idea y por fin me decidí. Y yendo donde él estaba y atropellando las palabras le dije: "Mi coronel, mi caballo es muy feo y mi silla es de paisano, y todos en Lima van a criticar a S. S. por llevar un ayudante tan mal presentado; présteme unos de sus caballos y su silla de campaña"...

Me miró un momento como sorprendido de mi audacia, y me respondió: "Parece que no está contento; si no le agrada entrar como mi ayudante puede hacerlo con su compañía".

"No, mi coronel, le repliqué, tengo tanto gusto que le aseguro será el mayor placer de mi vida, y siempre le estaré muy agradecido por haberme designado... es que mi caballo..."

"Bueno, bueno", me interrumpió sonriendo;

"su caballo es feo y su silla mala, y en el caballo y silla de su coronel se verá muy bien, ¿no es eso? bueno, diga a mi asistente que le aliste el bayo".

Mucho le agradecí el placer y honor que me proporcionaba, y la gratitud que por él sentía desde que me salvó la vida se acrecentó entonces; y a medida que los años han ido pasando se ha transformado en veneración.

Aunque milité el 91 en bando contrario al suyo, las lágrimas que vertí cuando supe su trágico fin nacieron del fondo de mi corazón; y cuando trasladaron sus restos al mausoleo del ejército hace pocos años, solicité el honor de usar de la palabra, para rendirle homenaje de veneración y amor, pero no me fue concedido.

A la mañana siguiente después del rancho la brigada formó para entrar en Lima.

Yo no cabía en mí de gozo y cuando subí a caballo y me puse a las órdenes del coronel Barboza, que ya también montaba el suyo, debo haber estado irradiando satisfacción.

Sus ayudantes me recibieron amablemente y me hicieron algunas bromas.

Comenzó el desfile a paso de camino; y el coronel y sus ayudantes lo presenciaron hasta el fin.

Pasó primero el 3º de Línea con sus jefes a caballo. Regimiento y Jefes iban irreprochables.

Después el Lautaro. Con ligeros guiños de ojos saludaba a los oficiales cuando pasaban, como diciéndoles: ¿me envidian?...

Y después el Curicó y el Victoria.

Cuando terminó el desfile, el coronel y sus ayudantes tomamos la cabeza a trote largo.

Cuando estábamos a las puertas de Lima, el coronel mandó a uno de sus ayudantes al 3º de línea con la orden de hacer alto, y a otro donde los demás jefes de cuerpo para que ordenaran las filas.

Después de un momento me dijo: "Vaya a ver si los regimientos vienen en correcta formación". Comprendió, sin duda que deseaba moverme y para

complacerme me dio esa orden, que en realidad no lo era.

Cuando los ayudantes le informaron que los cuerpos estaban en ordenada formación hizo tocar marcha.

En columnas por cuartas compañías, con las armas terciadas y a paso regular entró la brigada en Lima.

Por las calles transitaban pocas personas y en algunas boca-calles habían grupos de extranjeros y algunos peruanos que veían desfilar admirados nuestros apuestos regimientos, que no parecían hubieran combatido tan rudamente días antes, sino que venían de algún ejercicio.

La arrogante figura del coronel Barboza, con su patilla negra, partida en punta por pelo blanco, causaba admiración a los que lo veían a la cabeza de la brigada, y estoy cierto que también con respetuoso temor.

Habíamos recorrido varias cuadras y ya íbamos por calles que debían ser de las principales, cuando el coronel me llamó y repitió la orden anterior: "vaya a ver cómo vienen los cuerpos". Saludélo reboante de alegría y disparé al palope.

¡Qué placer más grande oír el ruido que producían las herraduras de mi caballo sobre el pavimento!...

Llegué hasta el final de la columna y volví al trote largo.

Al pasar cerca de una ventana que tenía la rejilla que es costumbre poner a todas en Lima, a fin de que se pueda mirar desde el interior sin ser visto desde afuera, pude oír conversaciones de mujeres, supuse jóvenes, y hasta alcancé a percibir confusamente sus siluetas...

Refrené un tanto el caballo, miré insistentemente la rejilla y no resistí el impulso de sacar la lengua picarescamente...

“¡Qué chileno tan liso! (1)...”, oí claramente que dijeron varias a la vez...

Con satisfecha sonrisa me alejé al trote...

Cuando llegué al lado del coronel, éste había transmitido órdenes de que cada cuerpo se dirigiera a los alojamientos que se les habían designado, desfile que se efectuó en filas de a cuatro y a paso de camino.

A mí me ordenó incorporarme a mi regimiento, lo que efectué demorándome lo más que pude, para lucirme a caballo, y cuando lo hice continué como ayudante del coronel Robles.

Al Lautaro se le dio como cuartel uno denominado “Barbones”, que estaba en uno de los arrabales de Lima.

Ahí se nos tenía preparado abundante y sabroso rancho.

¿Hay algún muchacho de la edad que yo entonces tenía que haya pasado mejores vacaciones que las que yo estaba gozando?...

(1) Atrevido, desfachatado.

Capítulo XX

E N L I M A

Desde el día siguiente de la entrada a Lima se estableció el servicio de guarnición.

Los ejercicios diarios se efectuaban por la mañana en las inmediaciones del cuartel, y los de la tarde en el patio, que era muy extenso.

Como en casi todas las guarniciones, a los oficiales se les daba sus raciones en crudo y juntándose varios la hacían confeccionar por un soldado o alguna camarada.

Vivían en el cuartel los jefes y oficiales; pero sólo los jefes y capitanes podían salir cuando querían, los tenientes y subtenientes debíamos pedir permiso para salir de noche, aunque no estuviéramos de servicio.

Durante el día tanto los oficiales como la tropa tenían puerta franca, con excepción, naturalmente, de los que estaban de servicio o arrestados.

En los primeros días de nuestra llegada yo no pude conseguir permisos nocturnos, pero durante el día salía y recorrí todos los barrios.

El comandante Robles estaba severísimo conmigo. No sólo me negaba permiso para salir de noche, sino que me encargaba trabajos de mayoría que no eran de mi incumbencia.

En frecuentes paseos diurnos me divertía conociendo la ciudad, y siempre iba a los portales, ordi-

nariamente acompañado de otro oficial, y me daba el incorrecto placer, lo reconozco, de preguntar a los lechuguinos limeños, que tenían la poca vergüenza de pasearse por ellos estando su patria invadida por el enemigo, si me habían tocado la espada intencional o casualmente; y todos me respondían asustados que por casualidad.

Como a la semana de estar en Lima se verificó una imponentísima ceremonia religiosa para honrar a los muertos en las últimas batallas. Consistió en una misa en la plaza principal celebrada en la puerta de la catedral, a la que asistió el general Baquedano acompañado de gran séquito civil y militar.

Formó una compañía de infantería de cada cuerpo con dotación completa de tropa y oficiales; esto es, un capitán, un teniente, tres subtenientes y ciento cincuenta hombres de tropa, que se eligieron entre los de más alta talla y limpio uniforme, precedidos por las bandas de música y un escuadrón de caballería y una batería de artillería, también con las bandas.

La compañía del Lautaro fue al mando del capitán señor Díaz Gana; y desfiló y tomó colocación en la plaza, en columnas por escuadras, esto es, de ocho hileras de dos hombres cada una, con dos clases como guías, mandados cuatro escalones por oficiales y cuatro por sargentos.

A los oficiales francos se nos permitió asistir.

El espectáculo que presentaba la plaza era enorgullecedor.

En las esquinas y portales había grandes aglomeraciones de gente, que admiraba la apostura y correctísima presentación de esa parte de nuestro ejército; y muchos dudaban que fuera una sola compañía de cada cuerpo, pues creían que cada una de ellas era un batallón.

El elocuente orador sagrado, don Salvador Donoso, pronunció una oración fúnebre muy sencilla y hermosa.

Cierta noche salí con permiso del comandante Carvallo Orrego, hasta las doce; y acompañado del subteniente señor Carlos Reygada, nos fuimos curioseando por diferentes barrios y llegamos hasta el de los chinos, a cuyo teatro entramos.

La admiración de la concurrencia fue grande, pues éramos los primeros oficiales que asistíamos a su teatro, según nos dijeron. Algunos chinos, que parecían de los principales, nos ofrecieron comestibles, frutas y comidas, guisadas y calientes, pues el teatro era a la vez restaurant. No aceptamos sino unas frutas y permanecemos sólo como media hora. El estruendo que producía la orquesta, con muchos bombos y platillos, nos dejó como ensordecidos.

Nos retiramos y no encontrando a dónde ir llegamos al paradero obligado de casi todos los oficiales chilenos: una confitería en uno de los portales de la plaza principal. Tomamos unos helados y aproximándose las doce nos dirigimos al cuartel en un coche de alquiler.

Dos o tres cuadras antes de llegar había un barrio de edificación muy pobre y desparramada; y con extensiones considerables sin casas ni cierros.

Ibamos por esos parajes, cuando un grupo de cuatro personas, que se presentaron de improviso, ordenó detener el coche; y el cochero, sin obedecer las órdenes de continuar que le dimos, detuvo los caballos. Dos de los asaltantes abrieron las portezuelas del coche con intenciones de subir e impedir que nosotros bajáramos.

En ese preciso momento apareció mi asistente, corvo en mano, y dio a uno de ellos un feroz cachazo en la cara que lo hizo tambalear.

Aprovechamos rápidamente el momento, mi compañero y yo, y bajamos del coche espada en mano.

Los cuatro agresores huyeron veloces y los perdimos de vista.

Comprendimos que el cochero era culpable y quisimos mandarlo preso; pero mi asistente le dio unos golpes y lo hizo retirar. "Si el cochero va preso, nos dijo, no acabamos nunca con declaraciones y con los cariños que le hice está bien castigado".

¿Y dónde estabas, le pregunté, que llegaste tan oportunamente?...

"Agarrado detrás del coche", me respondió.

¡Sin que mi compañero ni yo lo notáramos nos había acompañado en todas las excursiones de esa noche!

Una parte de la policía de Santiago, que se había movilizó con el nombre de Batallón Bulnes, hacía el servicio de policía del orden, y a fe que lo guardaba con estrictez y gran corrección.

En 1913, que estuve en Lima, tuve el agrado de oír a un honorable caballero italiano, que nunca había estado tan bien resguarda como durante la ocupación chilena; y se expresaba en forma encomiástica, hasta la admiración, de su jefe el comandante señor Ezequiel Lazo, que hacía además de juez, para juzgar las faltas e infracciones a las disposiciones municipales. Estas fueron promulgadas por bando del jefe político-militar de la plaza.

La correcta conducta observada por el ejército de ocupación, certificada por todos los extranjeros residentes y por sus representantes, hizo que los naturales se convencieran de que sus dirigentes los habían engañado al decirles que los chilenos eran una horda de bandidos que nada respetaban, y pronto comenzaron a establecerse vínculos de amistad entre los miembros de nuestro ejército y ellos, especialmente con el elemento femenino, que se convertían en relaciones amorosas en numerosos casos.

Raro era el oficial que no cortejaba alguna joven limeña y raro el individuo de tropa que no tuviera su amiga predilecta. Pongo por testigos de que

lo que afirmo es verdad, a todos los extranjeros residentes entonces en Lima.

La conducta observada por los chilenos con el elemento indigente, entonces muy numeroso, fue digna de alabanzas.

En los cuarteles se repartía diariamente comida preparada a todos los que acudían a pedirla.

Como entre las personas que se veían obligadas a solicitar ese socorro había algunas cuya posición social era superior a la de la generalidad, se hacía con ellas delicadas diferencias.

Recuerdo que en cierta ocasión uno de los capitanes me señaló a una señora anciana que se mantenía un tanto alejada, esperando terminara el reparto a los que se precipitaban por ser los primeros, y me dijo le preguntara su nombre y dirección; y cuando los supo ordenó al sargento rancharo que diariamente le reservara una buena parte, y se la diera a hora diferente de los demás, y me mandó que comunicara a la señora la determinación, que oyó muy emocionada.

Era viuda de un alto magistrado judicial y no recibía su pensión desde hacía varios meses.

Por esos días se nos concedió un supe (1) de \$ 150 a los subtenientes.

La admiración y orgullo nuestro eran grandes, pues cada peso chileno lo cambiábamos por doce o catorce soles; y la admiración de los peruanos era mayor que la nuestra, al ver que todos disponíamos de tanto dinero.

Teníamos entonces los chilenos fundados motivos para estar orgullosos de nuestra nacionalidad...

¿Hoy?...

Hoy podrían los chilenos volver a enorgullecerse si imitaran las virtudes cívicas y morales de las generaciones de entonces; que, no hay que olvidarlo, son las que dieron a Chile glorias y riquezas.

(1) Durante toda la campaña no se ajustaron los sueldos a mi regimiento, y creo que igual cosa pasó con todos los demás, dándose sólo suples.